

# DOMINGO V DE CUARESMA, CICLO B

## CUANDO SEA ELEVADO

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Jeremías 31, 31-34; Hebreos 5, 7-9; Juan 12, 20-33



1. Dice algún liturgista que los domingos del tiempo santo de la cuaresma forman dos bloques: los dos primeros domingos constituyen el grupo uno, que está centrado en el misterio de Jesús, y el grupo segundo está formado por los tres domingos restantes, cuyo centro es la salvación llevada a cabo por la pasión, muerte y resurrección del Señor. Pues bien, estamos celebrando ya el quinto domingo de cuaresma, el último antes de comenzar la Semana Santa con el Domingo de Ramos.

Quizá tengamos la sensación de que no hemos aprovechado, al menos suficientemente, las semanas pasadas. Si fuera verdad esta sensación, pidamos perdón a nuestro Dios, y supliquémosle con el salmo responsorial: *oh Dios crea en mí un corazón puro*. La conversión, a la que nos invita la Iglesia, nos tiene que venir dada de lo alto, es un don de Dios. Qué bien lo expresaba el profeta Jeremías al pedir a Yahvé: *conviérteme y yo me convertiré, pues tú eres Yahvé, mi Dios. Porque, después de mi pecado, me he arrepentido...* Pedía la conversión a Dios, pero la razón que le daba a Yahvé para que escuchara su petición era que se había arrepentido. Dios la da como don a aquellos que se arrepienten de sus actitudes desordenadas y pecados, y se esfuerzan por convertirse.

2. La Nueva Alianza, de la que habla Jeremías en la primera lectura, está precedida de una historia de pecado por parte de Israel: *aunque yo era su Señor, quebrantaron mi Alianza*. Dios, sin embargo, ha permanecido fiel, a pesar de la lejanía de su pueblo. El pueblo debe volver, convertirse a su Dios. Pero ese cambio no lo puede hacer el pueblo solo; será posible, porque Dios lo llevará de su mano y le ayudará: *meteré mi Ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo*.

Esta profecía de Jeremías, la Nueva Alianza de la que habla, no se hizo realidad, sin embargo, en el pueblo de Israel. Fue en Cristo con quien se realizó. La Nueva Alianza fue sellada con la sangre de Cristo en la cruz, y la hizo Dios con su Nuevo Pueblo, que es la Iglesia: *cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraerá a todos hacia mí. Esto lo decía dando a entender la muerte de la que iba a morir, hemos escuchado en el evangelio que hemos proclamado*.

3. El Fundador del Opus Dei recibió una gracia extraordinaria, el 7 de agosto de 1931, estando celebrando la Santa Misa en el Patronato de Enfermos de Madrid. Lo cuenta él mismo con estas palabras: *en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme –acababa de hacer **in mente** la ofrenda del Amor Misericordioso–, vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: 'et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum' (Ioann. 12, 32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el **ne timeas!**, soy Yo. Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas.*

De esa moción interior que el Señor dio a San Josemaría, hemos de aprender que, porque Cristo fue elevado sobre la tierra al morir en la cruz, todos los salvados, por participar de esa salvación por el bautismo, estamos llamados a ser hombres y mujeres de Dios, hombres y mujeres santos, que empleemos nuestras vidas, cada uno desde su propia vocación –los del Opus Dei, desde la suya-, en levantar *la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana*. Nunca hemos de olvidarlo. Siempre hemos de intentarlo.

4. Con la muerte de Cristo en la cruz, el cosmos quedó salvado y los hombres y mujeres fuimos redimidos. Pero esa redención operada por Jesús muerto y resucitado, redención que es universal, ha de llegar e influir salvíficamente en cada persona, y también en todas y cada una de las actividades que el ser humano realice. De esa manera, el trabajo será santificado y, a través del él, se santificarán los hombres y mujeres que lo desarrollen.

Los bautizados -seglares, religiosos o sacerdotes, todos con la misma obligación- estamos vocacionados a cristianizar y santificar toda actividad honesta y, por ello, a evitar cualquier trabajo o actividad que fuera pecado. No podemos los cristianos abdicar de ese deber por superficialidad, por comodidad o por cobardía. El mandato de Cristo, *id al mundo entero y predicad el Evangelio*, ha de urgirnos. Todos somos enviados a nuestro mundo a anunciar el Evangelio, a poner a Cristo en el centro de nuestra sociedad y en el centro de todas sus estructuras: desde la política a los sindicatos; desde el parlamento al poder judicial; desde la universidad a la escuela rural; desde la cultura a la moda; desde la fábrica al barco de pesca; desde la alta conferencia a cualquier reunión sencilla de formación o de vecinos; desde la familia al rato de diversión con un grupo de amigos... Cristo tiene derecho y se lo merece. La sociedad y cada ser humano lo necesitamos.

5. La Virgen vio y acompañó con su presencia y con su amor a Cristo elevado sobre la tierra, atrayendo a todos hacia Sí. Que nos ayude a ponerlo con valentía *sobre el pináculo de toda actividad humana*.